

AC 02 13

Mayor... Espera Miguel, por favor. Mayores de 25 años. Ciencias sociales.

La revolución de 1830. Guión número 19. La revolución de 1830.

Después de la caída de Napoleón I, las potencias europeas, reunidas en el Congreso de Viena, intentarían la reconstrucción del viejo continente. En la mayoría de los estados europeos, se restaurarían los principios políticos imperantes en el antiguo régimen, sobre todo en los países del bloque oriental, Austria, Rusia, Rusia. No obstante, esta restauración no sería completa, pues si la aristocracia recuperó su antigua posición preponderante en el aspecto político y económico, la burguesía tampoco quedó totalmente excluida de los puestos directivos, especialmente en el plano económico.

Lo que no se consiguió en la ciudad de Viena fue erradicar totalmente las corrientes revolucionarias y reformistas que eran producto directo de la revolución francesa y opuestas al intento restaurador de las monarquías absolutas. Entre estas corrientes, podemos destacar especialmente dos, que son las que jugarán un papel preponderante en el siguiente momento histórico. Se trata del nacionalismo y del liberalismo.

El nacionalismo tenía como fin reconstruir la propia nacionalidad en aquellos pueblos disgregados o sometidos a otra potencia más poderosa. El liberalismo, cuyo valor supremo es la libertad en sus diferentes aspectos, política, económica, religiosa, de pensamiento, etc., tratará de fijar su programa político en una constitución que sea un documento básico para la organización del Estado liberal y que garantice el reconocimiento de las libertades expuestas anteriormente. El programa político del grupo liberal comprendía peticiones como la garantía de los derechos humanos y civiles, la participación de la nación en la vida política mediante el sufragio, la separación de poderes, el gobierno de la nación mediante el sistema constitucional y no el absolutista.

Nacionalismo y liberalismo serán la ideología de la clase burguesa y de los intelectuales organizados en la clandestinidad y perseguidos por los diferentes gobiernos de la restauración. Serán la clase dirigente de los nuevos ciclos revolucionarios que tendrán por objeto el triunfo definitivo del liberalismo y el acceso de sus dirigentes, la burguesía, al poder. Con frecuencia la burguesía se apoyará en el proletariado ciudadano durante el proceso revolucionario, pero una vez conseguido sus propósitos se tornará conservadora y procurará no dar participación en el nuevo poder conseguido a quien le había ayudado a conseguirlo.

El primer intento revolucionario del liberalismo tuvo lugar en 1820. Los principales focos fueron los países del área mediterránea, España, Nápoles, Piamonte, intentos fracasados por la intervención de las grandes potencias europeas legitimistas. Sólo en un país tuvo éxito duradero, Grecia, que alcanzó la independencia tras una larga lucha.

La revolución de 1830 tuvo como escenario fundamental a Francia. Significó el triunfo del

liberalismo no sólo en este país, sino que también tuvo importantes repercusiones en el resto del continente, especialmente en la Europa Occidental. En Francia, tras la caída de Napoleón, habían sido restaurados los Borbones en la persona de Luis XVIII, hermano de Luis XVI.

El nuevo rey mantuvo durante su reinado, mediante la carta otorgada de 1814, parte de los principios de la revolución. Libertad de pensamiento, de prensa, de culto, igualdad ante la ley, asamblea bicameral, sufragio censitario alto... Su sucesor y hermano Carlos X, que se hizo cargo de la corona en 1824, era de talante mucho menos liberal y hábil. De esta forma, suprimió la libertad de prensa, disolvió las cámaras, convocando nuevas elecciones, y redujo el número de diputados, pretendiendo con ello apartar de los órganos de decisión del poder a algunos burgueses que consideraba inoportunos, ya que se oponían a su política de carácter absolutista.

Estas medidas provocaron las sublevaciones del pueblo de París, que, impulsado por la burguesía, que había cerrado sus tiendas y talleres en señal de protesta, lanzó de esta manera a la calle a los obreros. Durante tres jornadas, las del 27, 28 y 29 de julio, una gran masa de gente, estudiantes, obreros, guardias nacionales, antiguos militares, levantaron barricadas en las calles y obligaron a rendirse a las tropas reales, muchos de cuyos soldados se unieron a la sublevación. Así las cosas, el rey Carlos X se vio obligado a dimitir ante una comisión formada por revolucionarios.

Después de la dimisión de Carlos X, la revolución fue controlada por los liberales para evitar que cayera en manos de los republicanos que pedían la supresión definitiva de la monarquía como sistema de gobierno. Lafayette, el anciano aristócrata y general revolucionario en la independencia americana y en los sucesos de la primera revolución francesa y ahora jefe de la Guardia Nacional, intervendrá con su prestigio para convencer a los republicanos de que acepten la monarquía propuesta por el sector liberal. La de Luis Felipe de Orleans, que era hijo de un primo de Luis XVI, evitando de esta forma las consecuencias de una innovación que no sería aceptada por los grupos liberales y demás sectores, a excepción del republicano, que habían intervenido en el derrocamiento del rey Carlos X. La monarquía de Luis Felipe de Orleans será, por tanto, liberal y burguesa, de régimen censitario, que aceptará la carta otorgada de 1814, será reconocida por Inglaterra y evitará así la intervención de las potencias europeas.

Luis Felipe fue el prototipo del rey burgués. Durante su reinado, la economía experimentó un gran desarrollo sin intervención estatal. Políticamente, la burguesía se disgregó en dos partidos fundamentales.

El moderado, que era dirigido por Thiers, Guizot y Perrier. Y el progresista, cuyos jefes eran Odilon, Vagó y Lafayette. La oposición está formada por los legitimistas, que eran los antiguos aristócratas, y por el sector republicano.

El triunfo de la revolución de julio de 1830 provocó una serie de rebeliones en cadena por toda Europa con diversos resultados. El primer país donde repercutió es en Bélgica. Bélgica y

holandeses formaban un solo estado desde el Congreso de Viena.

Los belgas, en su gran mayoría, eran católicos y liberales, y no toleraban la política de carácter absolutista que el monarca holandés, Guillermo I de Oranje, les había impuesto. El 25 de agosto de 1830, estalló la sublevación en la ciudad de Bruselas, extendiéndose pronto a todas las ciudades belgas. Se organizó una guardia nacional a imitación de la formada en el país vecino de Francia.

Las tropas holandesas, ante la imposibilidad de dominar la insurrección por la fuerza, tuvieron que retirarse. El monarca holandés pidió ayuda a Prusia, pero Francia amenazó con intervenir si lo hacía Prusia. Un gobierno provisional proclamó la independencia belga, reconocida de inmediato por Francia e Inglaterra, ya que sin ayuda de ambas naciones no hubiera sido posible la independencia.

Este gobierno ofreció la corona a Leopoldo de Sajón y a Coburgo, protegido de los ingleses y aliado de Francia, a causa de su matrimonio con una hija de Luis Felipe. Este nuevo país implantaba una monarquía constitucional. Otros países tuvieron peor suerte en su intento de implantar regímenes liberales.

Tal es el caso de la nación polaca, la cual, unida al imperio del Zar desde el Congreso de la ciudad de Viena, era un estado satélite gobernado por el gran duque Constantino, que era el virrey del Zar Nicolás I. Los nacionalistas polacos, adscritos en gran parte a la ideología liberal, deseaban una Polonia republicana e independiente, y ante los sucesos de Holanda, con respecto a la independencia belga, provocaron la sublevación. Esta tuvo lugar en Varsovia, entre los oficiales del ejército polaco que el Zar intentaba enviar en ayuda de Holanda, y que se opusieron a ello. Se apoderaron de la ciudad y expulsaron al virrey.

La rebelión se propagó rápidamente a las provincias orientales y se proclamó la independencia. Pero los polacos no contaron con ningún apoyo en el exterior, pese a la corriente de simpatía que despertaron en toda Europa, especialmente en las potencias más liberales de Occidente. Así, el ejército enviado por el Zar logró sofocar sangrientamente la rebelión.

La represión adquirió especial dureza y las muertes y deportaciones de los nacionalistas polacos fueron muy numerosas. A esta victoria rusa contribuyeron en no poca medida las divisiones internas que se produjeron entre los polacos, pues mientras unos sólo pretendían sacudir el yugo zarista, otros tenían planteamientos mucho más avanzados y deseaban convertir a Polonia en una nación poderosa y liberal, donde imperase el dominio de la Constitución. Fracasada la sublevación, el país fue ocupado totalmente por los ejércitos rusos, fue anulada la carta otorgada que le diera el Zar y suprimidas las libertades básicas.

Por último, Polonia fue anexionada al imperio ruso como una provincia conquistada. En Italia los brotes revolucionarios tienen lugar en los pequeños estados centrales, tales como Módena, Parma, Romagna... Al ser rebeliones muy localizadas y a veces sin gran conexión entre sí, fueron fácilmente dominadas por las tropas austriacas. Igualmente fracasarían los focos

liberales que surgieron en Alemania, Hannover, Sajonia, Gese, Baden, que preconizaban la formación de unos Estados Unidos alemanes de tipo republicano y liberal.

El canciller austríaco Metternich fue el encargado de reprimir este movimiento alemán de carácter especialmente nacionalista y liberal. Sin embargo, en la península ibérica, España y Portugal, consiguieron implantar el liberalismo aunque a costa de un periodo de luchas y guerras civiles que desangraron al país. También en esta época España y Portugal se extinguieron debido a estos enfrentamientos en dos bandos irreconciliables, liberales y partidarios del absolutismo.

Las luchas entre estos dos bandos se prolongarían por mucho tiempo. También en Inglaterra tuvo importancia esta revolución de 1830, aunque allí las repercusiones sólo tuvieron un matiz reformista. En 1832 se publicó la Ley de la Reforma, ampliando el sufragio aún censitario y reconociendo el derecho a tener representantes en el Parlamento a nuevas ciudades que en ese momento eran más representativas que otras que lo tenían, pero que habían perdido la importancia con que contaran anteriormente.

De esta forma se le concedió el derecho a unas nuevas y se le restringió a otras. Los encargados de llevar a cabo las reformas fueron los whites, gris, denominados desde entonces como los liberales. Lo principal de la reforma es que privó del poder a la aristocracia agrícola y comercial, otorgándoselo a la nueva aristocracia industrial y a la alta burguesía.

Después de 1830, Europa queda dividida en dos bloques claramente definidos. A. El liberal, que es el de los países occidentales. En este el poder político se encuentra en manos de la burguesía.

Y B. El reaccionario, que abarca la Europa oriental. En este el poder político es detentado por el absolutismo real y la aristocracia del antiguo régimen. La revolución de 1830, triunfante en algún sitio y fracasada en la mayor parte de Europa, significó mucho en la historia del continente.

Después de ella, las relaciones y planteamientos de los liberales con respecto a los absolutistas cambiarían considerablemente. En todo caso, fue el germen de las posteriores revoluciones de 1848 y 1871 que conocería Europa. Hoy día podemos decir que allá donde no triunfó con las armas el movimiento nacionalista y liberal, a la larga prenderían las ideas que lo sustentaban.

También es importante destacar que los sucesos de 1830, en los dos países más liberales del continente, Inglaterra y Francia, significaron la aparición de la clase trabajadora como fuerza política. Esta nueva clase, que será cada vez más numerosa, como consecuencia del desarrollo económico, será la principal protagonista de la nueva ola revolucionaria de 1848.